



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

162727
L3
EY

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UN LANCE DE AMOR

I

Una mañana del otoño de 1856, mi criado, no obstante la orden expresa que yo le diera de que no me distrajesse para nada, abrió la puerta de mi estudio, y, en contestación al enérgico gesto de desagrado que notó en mi semblante, me dijo:

—Señor, está muy guapa.

—¿Quién, mentecato?

—La persona por la cual me propaso á molestar á V.

—¿Y qué me da á mí que sea bonita? Ya sabes que cuando trabajo no estoy en casa para quien quiera que sea.

—Además, prosiguió aquél, viene de parte de un amigo de V.

—¿Cómo se llama el amigo ese?

—Vive en Viena.

—Está bien; pero ¿cómo se llama, repito?

—Tiene un nombre muy extraño, suena así como *rubi* ó *diamante*.

—¿Zafiro?

—Esto es, Zafiro, sí, señor.

—Entonces ya varía de especie; conduce arriba á esa persona y bájame una bata.

—Mi criado se salió.

Oí ligeros pasos por delante de la puerta de mi estudio; luego el señor Teodoro bajó con la bata sobre el brazo.

Cuando á un criado le concedo la muestra de consideración de apellidarle *señor*, es que brilla por su idiotez ó su picardía.

Tres he tenido á mi servicio, que pueden figurar entre los ejemplares más notables de este género: el señor Teodoro, el señor José y el señor Víctor.

El señor Teodoro no se pasaba de idiota, pero lo era de veras.

Esto lo consigno de paso, á fin de que el amo en cuya casa éste está sirviendo en la actualidad, si es que tiene amo, no lo confunda con los otros dos.

Por lo demás, la idiotez lleva gran ventaja á la picardía: si tenemos un criado idiota, siempre lo advertimos de buenas á pri-

meras, y si es un pícaro, cuando caemos en ello es ya demasiado tarde.

Teodoro tenía sus patrocinados; mi mesa es siempre bastante grande para que, sin invitación previa, vengan á sentarse á ella dos ó tres amigos; los cuales, si no siempre exquisitos platos, hallan indefectiblemente buen semblante.

Pues bien, los días en que la comida era buena según el gusto del señor Teodoro, éste avisaba á los amigos ó conocidos míos á quienes prefería á los demás; únicamente que, conforme al grado de susceptibilidad de la gente, decía á los unos:

—El señor Dumas estaba diciendo esta mañana: «Hace tiempo que no he visto á mi amigo Fulano; hoy debería venirse á comer conmigo.»

Y el bueno del amigo, seguro de anticiparse á mis deseos, venía á sentarse á mi mesa.

A los demás, menos delicados, Teodoro se concretaba á decirles, mientras les empujaba con el codo:

—Hoy habrá buena comida; véngase V.

Invitado de esta suerte, el amigo, que sin esto es probable que no hubiera venido, acudía á comer.

Cito sólo una de las particularidades de la

gran personalidad del señor Teodoro; si me fuese necesario completar su retrato, emplearía en ello un capítulo entero.

Pero volvamos á la visita anunciada por el señor Teodoro.

Envuelto en mi bata, me animé á subir á mi habitación. En efecto, en ella hallé una joven hechicera, alta, de deslumbradora blancura; ojos azules, cabello castaño y dientes magníficos; llevaba vestido de tafetán ceniza-perla que le subía hasta el cuello, chal de corte y tela árabes, y uno de esos preciosos sombreros, por desgracia condenados por el gusto en París, y que tan bien sientan aún á las mujeres feas ó que se han despedido ya de la juventud, y á los cuales en Alemania se les ha bautizado con el nombre de *último ensayo*.

La desconocida me tendió una carta en la dirección de la cual reconocí los indescifrables garabatos del pobre Zafiro.

Tomé la carta y me la metí en el bolsillo.

—Y bien, me dijo la visitante con marcadísimo dejo extranjero, ¿no lee V.?

—Es inútil, señora, la respondí; he conocido la letra, y su boca de V. es lo bastante graciosa para que yo desee saber de ella misma lo que me proporciona la honra de verla á V. en mi casa.

—El deseo de conocerle á V. personalmente, nada más.

—¡Bien! pero supongo que V. no habrá venido de Viena expresamente para eso.

—¿Quién se lo dice á V.?

—Mi modestia.

—Sin embargo, y dispénsese V. que se lo diga, V. no goza fama de modesto.

—Tengo mis días de vanidad, es cierto.

—¿Cuáles?

—Aquellos en que los demás me juzgan y yo me comparo.

—¿A los que le juzgan á V.?

—Es V. aguda, señora. Hágame V., pues, el favor de tomar asiento.

—¿Conque no me hubiera V. hecho semejante invitación á ser yo solamente bonita?

—No, señora; le hubiera hecho otra.

—¡Válgame Dios! ¡y qué fatuos son los franceses!

—No se tienen ellos la culpa.

—Pues sepa V. que al salir de Viena para Francia hice un propósito.

—¿Cuál?

—El de sentarme, ya ve V. si es sencillo.

Entonces me levanté y, después de dirigir un saludo á mi interlocutora, la pregunté:

—¿Querría V. hacerme el favor de decirme á quién tengo la honra de hablar?

—Soy artista dramática, húngara de nacimiento; me llamo Lilá Bulyowski; tengo un marido á quien amo y un hijo á quien adoro. Si hubiese V. leído la carta de nuestro común amigo Zafiro, se habría enterado V. de estos pormenores.

—¿Y V. cree que no ha ganado diciéndome V. misma?

—Nada más sé sino que la conversación con V. toma un sesgo singular.

—Es V. libre de inclinarla al lado que más le convenga.

—Pero hombre de Dios, si V. incesantemente la da codazos para inclinarla á la derecha ó la izquierda.

—A la izquierda sobre todo.

—Precisamente es por donde no quiero ir.

—Entonces marchemos de frente y por el camino recto.

—Mucho me temo que no va á ser posible.

—Ya verá V. como sí... Repítame V. lo que acaba de decirme. ¿Usted es?...

—Artista dramática.

—¿Qué representa V.?

—Todo: drama, comedia y tragedia; he representado casi todas las obras dramáticas de V., desde *Catalina Howard* hasta la *Señorita de Belle-Isle*.

—¿En que teatro?

—En el de Pesth.

—¿En Hungría, entonces?

—Ya le he dicho á V. que soy húngara.

En esto di un suspiro.

—¿Suspira V.? me preguntó la señora Bulyowski.

—Sí; uno de los más halagadores recuerdos de mi vida se une á una de sus paisanas de V.

—Ea, ya vuelve V. á ladear la conversación hacia la izquierda.

—La conversación sí, pero no á V. Figúrese V. que... Pero no, prosiga V.

—No, señor. Usted iba á contar una historia; cuéntela V.

—¿Por qué?

—¡Para darme gusto, caramba! Todo el mundo puede leer á V., pero no todos escucharle.

—¿Quiere V. conquistarme por el lado del amor propio?

—¡Yo! por ninguna parte.

—Entonces, no nos ocupemos en mí. Usted es artista dramática, húngara de nacimiento, se llama la señora Lilá Bulyowski, tiene V. un marido á quien ama y un hijo á quien adora, y se ha venido á París para verme.

—Esto en primer lugar.

—Perfectamente; ¿y después de mí?

—Ver todo cuanto puede verse en París.

—¿Y quién la conducirá á V. para ver cuanto en París se ve?

—Usted, si no halla inconveniente.

—Ya sabe V. que antes de la tercera vez de vernos juntos las gentes van á dar en decir...

—¿Qué?

—Que es V. mi querida.

—Y eso ¿qué importa?

—¡Enhorabuena!

—Enhorabuena, sí; aquellos que me conocen les constará lo contrario, y cuanto á los que no saben quién soy, eso me da lo que puedan decir.

—Es V. filósofa.

—No, soy lógica. Tengo veinticinco años, y me han dicho tan repetidas veces que era hermosa, que he imaginado que tanto valía creerlo de ser cierto, como de no serlo. Ya se figurará V. que no me he venido de Pesth, sola hasta el extremo de que no me ha acompañado ni una camarera, sin estar convenida de que tratarían de hincarme el diente. Sin embargo, este temor no me ha detenido; ¡que muerdan! mi arte ante todo.

—¿Luego la ha traído á V. un asunto de arte?

—Nada más; quiero conocer á los grandes poetas franceses para ver si se parecen á los nuestros, y á los grandes artistas dramáticos que brillan en la escena parisiense para saber si me quedaba algo que tomar de ellos; pedí á Zafiro una carta para V., diómela y asunto concluido. ¿Puede V. consagrarme algunas horas?

—Cuantas quiera V.

—Pues bien, dispongo de un mes para permanecer en París, de seis mil francos para gastármelos en ella en compras y en recrearme, y de mil francos para volverme á Pesth. Hágase V. cargo que Zafiro le ha recomendado un estudiante de Leipsique ó de Heidelberga en lugar de una artista dramática del teatro de Pesth, y compóngaselas como si realmente fuese así.

—¿Luego va V. á comer conmigo?

—Cada vez que esté V. libre.

—En los días esos nos iremos al teatro.

—Perfectamente.

—¿Tiene V. empeño en que nos acompañe una tercera persona?

—Lo más mínimo.

—¿Y se reirá V. de cuanto puedan decir?

—Si hubiese V. leído la carta de Zafiro se hubiera enterado de un párrafo consagrado por entero á este particular.

—Leeré la carta de Zafiro.

—¿Cuándo?

—Cuando V. se haya marchado.

—Entonces deme V. dos ó tres cartas de recomendación, y me voy: una para Lamartine, otra para Alfonso Karr y otra para su hijo de V. Y á propósito de éste, he representado su *Dama de las Camelias* (1).

—No daré á V. carta alguna para él; si V. quiere, mañana comeremos juntos.

—De mil amores. Me han dicho que madama Doche estaba arrebatadora en *La Dama de las Camelias*.

—También comerá con nosotros madama Doche, la cual se encargará de conducir á V. doquiera que sea.

—¿Adónde?

—Adonde ella quiera. En este mundo hay que conceder algo al acaso.

—Ya me contará V. un día lo que le pasó con mi paisana.

—Si á V. le place...

—Sí.

—¿Cuándo?

(1) La celebrada novela del mismo título y del mismo autor en que está basado tan conocido drama, la ha publicado, en edición esmeradísima y completa, el Editor de la presente traducción, al precio de 4 reales en rústica y 6 reales encuadernada en tela, para España y Ultramar.

—Cuando yo se lo pida.

—¡Magnífico!

—Ahora deme V. las cartas de recomendación; ya comprenderá V. que después de estar economizando para venirme á París, donde es probable que nunca más vuelva á poner los pies, debo aprovechar el tiempo.

Bajé á mi bufete, escribí las dos ó tres cartas que me había pedido la señora Bul-yowski, me subí de nuevo y se las entregué, al mismo tiempo que me inclinaba hasta su mano para besársela; pero la artista me dió ingenuamente un beso en cada mejilla, diciéndome:

—¿No le he dicho á V. ya que se las había con un estudiante de Leipsique ó de Heidelberg?

—Sí.

—Pues bien, á la alemana: ó un apretón de manos ó un abrazo.

—Vaya por el abrazo; en Francia existe un proverbio que dice: de lo perdido sacar partido. Así pues hasta mañana; la aguardo á usted para comer.

—Hasta mañana, que nos reuniremos para comer; pero ¿dónde?

—Aquí.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—Bravo, si retardo algunos minutos no me lo eche V. en cara.

—¿Y si se anticipa V., me está también vedado agradecersele?

—No; su compañía de V. me es muy grata, y si vengo antes será para mi propia satisfacción. Hasta mañana.

La señora Bulyowski bajó rápidamente la escalera, y al llegar al rellano se volvió para dirigirme una última seña de amistad.

Al llegar á la puerta de mi estudio me encontré con el señor Teodoro, el cual, sonriéndose y mirándome con ojos tamaños, me dijo:

—Ya ve V., señor, que no soy tan bestia como V. supone.

—Es verdad, repuse; pero es V. todavía más necio de lo que yo creía.

Y me entré en mi estudio, dejándole aturdido.



II

Por espacio de un mes comí dos ó tres veces por semana con la señora Bulyowski, y otras tantas la conduje al teatro.

Debo decir que nuestras *estrellas*, excepto la Raquel, la deslumbraron poco.

La Ristori no se encontraba en París.

Una mañana la señora Bulyowski vino á mi casa, y me dijo:

—Mañana parto.

—¿Por qué mañana?

—Porque sólo me queda el dinero indispensable para volverme á Pesth.

—¿Quiere V.?

—Gracias; he visto ya en París cuanto quería.

—¿Cuánto le queda á V.?

—Mil francos.

—Le sobra á V. la mitad.

—Es que no salgo directamente para Viena.

—¿A ver su itinerario de V.?

—Helo ahí: primeramente me voy á Bruselas, luego á Spa y á Colonia, subo el Rhin hasta Maguncia, y de Maguncia me traslado á Manheim.

—¿Y qué diablos va V. á hacer en Manheim? Allá Werther se pegó un tiro y Carlota murió.

—Voy á ver á la señora Schroeder.

—¿La trágica?

—Sí; ¿la conoce V.?

—La he visto representar una vez en Francfort; pero he conocido mucho á sus dos hijos y á su hija.

—¿Sus dos hijos?

—Sí, señora.

—Sólo conozco á uno, Devrient.

—Este es el cómico; yo conozco al otro, al sacerdote, que vive en Colonia, á espaldas de la iglesia de San Gedeón; si V. quiere una carta para él...

—Gracias; á quien me interesa ver es á la madre.

—¿Qué desea V. de ella?

—Como le he dicho á V., soy húngara,

y en húngaro represento comedias, dramas y tragedias. Pues bien, estoy cansada de no hablar sino á seis ó siete millones de espectadores; quisiera representar la comedia en alemán, para hablar á treinta ó cuarenta millones de hombres. Para eso quiero ver á la señora Schroeder, recitar en alemán una escena delante de ella, y, si me da esperanzas de que con un año de trabajo puedo dominar los defectos de acento, vendo algunos diamantes, me paso á vivir en las poblaciones donde ella viva, la sigo como señora de compañía, como camarera, si quiere, y al cabo de un año me lanzo á los teatros de Alemania. ¿Qué me dice V.?

—Que la admiro, señora.

—No, V. no me admira; V. halla muy sencillo eso que digo; soy desmesuradamente ambiciosa; he alcanzado grandes triunfos, pero quiero conseguirlos mayores.

—Con la voluntad firme y decidida de V., los conseguirá.

—Ahora á otra cosa: comemos juntos, ¿no es así? Esta noche nos vamos por última vez al teatro; me da V. cartas para Bruselas, donde me detendré uno ó dos días y desde la cual expediré todo mi equipaje á Viena; nos despedimos, y me pongo en camino.

—¿Por qué despedirnos?

—¿No acabo de decirle á V. que me marchó?

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Tengo un asunto pendiente en Bruselas; así, pues, en lugar de dar á V. las cartas que de mí solicita, parto con V.; sola, se moriría V. de tedio, sea V. franca.

—Estaba segura de que iba V. á hacerme semejante proposición, me dijo la señora Bulyowski riéndose.

—¿Y estaba V. de antemano resuelta á aceptarla?

—¡Que si lo estabal Usted no sabe cuánto le quiero.

—Gracias.

—¡Quién sabe si volveremos á vernos nunca más! Bueno, pues, quedamos en que mañana emprendemos el viaje.

—¿Mañana? ¿En qué tren?

—En el de las ocho de la mañana. Adiós.

—¡Yal

—Me queda muchísimo que hacer; usted comprende que el último día... A propósito...

—¿Qué?

—No vamos á partir juntos; nos encontraremos en la estación como por casualidad.

—¿Por qué?

—Porque parto con unos conocidos míos.

—¿Vienees?

—Sí.

—¿No le basta á V. ya su conciencia?

—Son unos necios.

—Hagamos otra cosa mejor.

—Lo mejor es el enemigo de lo bueno.

—En vez de partir mañana por la mañana, parta V. por la tarde.

—También saldrán ellos á la misma hora; están resueltos á partir conmigo.

—¿Y hasta dónde van?

—Hasta Bruselas tan sólo.

—Verá V., salgamos mañana por la tarde.

—¿Insiste V.?

—Insisto; V. hará por mí lo que la pido ¡qué diablo! si entre los dos existe algún acreedor me parece que no es V.

—¿Me lo echa V. en cara?

—No, lo consigno.

—Está bien; diga V., después veremos.

—Vamos á partir, pues, en el tren de la tarde; V. por su lado y yo por el mío nos dirigimos á la estación; se sube V. al vagón que más le plazca con sus vienees; yo la veo á V. subir, y después de señalarla á uno de los empleados, me meto en otro vagón solo; al llegar á la segunda ó tercera estación, se queja V. de que se ahoga; el empleado del tren la propone que se traslade á

un vagón menos atestado de viajeros; usted acepta y se viene al mío, donde toma V. cuanto aire necesita... y en el que duerme tranquila durante toda la noche.

—¿En el que voy á dormir tranquila durante toda la noche?

—Palabra de caballero.

—Efectivamente puede componerse como usted dice.

—¿Quedamos convenidos?

—Del todo.

—Entonces, hasta esta noche, ¿no es eso?

—No, hasta mañana.

—¿Vamos á comer juntos mañana?

—Es imposible; partiendo por la tarde me veo obligada á hacerlo con mis vieneses.

—¿Conque no vamos á vernos de nuevo sino en el tren?

—Procuraré venir á estrecharle á V. la mano durante el día.

—Venga V.

Empezaba yo á acostumbrarme á ver un delicioso compañero debajo del tafetán aquel y de aquella seda donde había creído hallar una mujer bonita.

Nos dimos un apretón de manos, y Lilá partió.

Al día siguiente recibí el siguiente billete:

«Me es imposible ir á casa de V., á causa de la batalla campal que me veo obligada á sostener con mis modistas y tenderas. Con los géneros que estoy embalando habría para establecer una tienda en Pesth. No sé cómo me las hubiera compuesto de tener que partir esta mañana.

»Hasta luego. *Buenas noches.*

»LILÁ.»

La frase *buenas noches*, muy marcadamente subrayada, me pareció medianamente irónica.

—¡Buenas noches! repetía yo; sin embargo, Dios sabe lo que puede acontecer.

Por la tarde me encontraba en la estación media hora antes de la salida del tren. No sé si alguna vez hallaré coyuntura para demostrar mi agradecimiento á los ferrocarriles todos por las atenciones que merezco á los empleados de los mismos, sin excepción, tan pronto me ven aparecer en uno de los pasillos en los dinteles de cuyas puertas están escritas en gruesos caracteres estas palabras sacramentales:

SE PROHIBE LA ENTRADA

Fuime á ver al jefe de la estación, y le expliqué lo que me pasaba.

- Se engaña V., le dije al ver que se reía.
 —¿De veras?
 —Palabra de caballero.
 —Está bien; pero durante el camino...
 —No lo creo.
 —No importa. Felicidades.
 —Cuidado con lo que está V. diciendo; nadie desea abundante caza á un cazador.
 Me subí á mi vagón, en el que el jefe de la estación me encerró herméticamente, suspendiendo después de la abrazadera de la puertecilla un rótulo en el que estaba escrita en letras tamañas esta palabra:

RESERVADO

Cuando oí el ruido que movían los viajeros al dirigirse presurosos á tomar sitio, saqué la cabeza por la ventanilla, llamé al jefe de tren, y señalando á la señora Bulyowski, que se subía á un vagón con tres vieneses y cuatro vienasas, le manifesté cuánto esperaba de su deferencia.

- ¿Cuál es? me preguntó.
 —La más bonita.
 —Entonces la que lleva sombrero á lo mosquetero.
 —La misma.
 —No tiene V. mal gusto.

- ¿Le parece?
 —¡Dianche!
 —Pues no opino yo así.
 El jefe de tren me miró socarronamente y se alejó meneando la cabeza.
 —Menee V. la cabeza cuanto quiera, es como suena, le dije, despechado de no poder dar á entender mi inocencia.
 El tren se puso en marcha. Cuando llegamos á la estación de Pontoise, había cerrado la noche.
 Abrieron mi puertecilla y oí la voz del jefe de estación que decía:
 —Suba V., señora, es aquí.
 Tendí la mano y ayudé á mi hermosa compañera de viaje á subir los dos escalones.
 —¡Por fin está V. ahí! dije.
 —¿Le ha parecido á usted perezoso el tiempo?
 —¡Yo lo creo! me encontraba solo.
 —Pues á mí, al contrario, me ha parecido largo porque iba acompañada. Por fortuna he cerrado los ojos y he pensado en V.
 —¿Ha pensado V. en mí?
 —¿Qué tiene de particular?
 —No soy yo quien se lo afee; pero dígame usted, ¿de qué modo pensaba V. en mí?
 —Lo más afectuosamente que puede pensarse en una persona.

—¡Bahl!

—De veras; le juro á V. que le estoy agradecida en el alma por el modo como se ha conducido V. conmigo.

—¿No se chancea V.?

—Le digo á V. la verdad pura.

—Algo es algo; pero una vez se encuentre V. en Viena va á burlarse de mí.

—Se equivoca V., pues no sólo soy una mujer honrada, si que también creo tener talento.

—¿Y yo lo tengo ó no lo tengo?

—Con todos y según todos.

—¿Y para V.?

—Para mí reúne V. un mérito más valioso: es V. hombre de corazón. Ahora abrázame V. y deme las buenas noches; estoy muy fatigada.

Abracéla á la alemana ó á la inglesa, como quiera el lector, recibiendo en cambio un beso que, á habérmelo dado una francesa, hubiera sido por demás significativo; luego mi amiga sentóse en un rincón y se arregló para pasar la noche.

Yo la miraba hacer, mientras discurría entre mí que era muy cierto que cuando un hombre pierde el respeto á una mujer es porque ésta quiere.

Lilá cambió dos ó tres veces de posición,

se quejó suavemente, abrió de nuevo los ojos, y fijándolos en mí, me dijo:

—Resueltamente creo que me hallaré más bien con la cabeza apoyada en el hombro de usted.

—Tal vez será como V. dice, repuse riéndome; pero es indudable que yo voy á estar menos cómodamente.

—¿De modo que V. se opone?

—¡Diantre! ni por asomo.

Mi compañera y yo estábamos frontero uno de otro, por lo que cambié de sitio y me senté á su lado. Entonces ella se quitó el sombrero, se anudó un pañuelo de seda debajo de la barbilla, se acomodó en mi hombro, y al cabo de un instante me dijo:

—Así me encuentro perfectamente; ¿y V.?

—¿Yo? carezco de opinión.

—Hasta mañana por la mañana, pues; tal vez entonces se habrá formado V. una. La noche es buena consejera.

Lilá hizo todavía dos ó tres casi imperceptibles movimientos, como el pajarillo que acomoda la cabeza debajo del ala, con su mano buscó la mía, me la oprimió suavemente en señal de buenas noches, movió los labios para dirigirme una palabra, que no pude entender, y se durmió.

Nunca he experimentado sensación más

singular que la que se apoderó de mí cuando sentí en mis mejillas el roce de los cabellos de aquella hermosa criatura, cuando sentí en mi rostro su aliento. La fisonomía de mi compañera de viaje había adquirido una expresión infantil, virginal, tranquila, como nunca viera yo en mujer alguna dormida sobre mi pecho.

Después de haberla contemplado durante largo espacio de tiempo, poco á poco se me cerraron los ojos, para abrirlos de nuevo y volverlos á cerrar. Apoyé los labios en la frente de Lilá, murmurando á mi vez las buenas noches, y me dormí suave y deliciosamente.

Al llegar á Valenciennes, el jefe de tren en persona abrió la portezuela de nuestro compartimiento y dijo en alta voz:

—¡Valenciennes! ¡veinte minutos!

Lilá y yo abrimos los ojos simultáneamente y nos echamos á reír.

—En verdad, dijo mi compañera, creo que nunca he dormido tan bien.

—A fe mía, repuse, lo que voy á contestar á V. quizá sea poco galante: ni yo tampoco.

—Sobre valer V. un Perú, me dijo Lilá, le adorna un mérito sobresaliente.

—¿Cuál?

—El de que no le conozcan á V. bien, lo

que proporciona sorpresas á los que entablan relaciones con V.

—¿Me promete V. rehabilitarme á los ojos de Zafiro?

—Se lo juro á V.

—¿Y enviarme algunas recomendadas?

—No, eso no.

—¿Con todo si me portase con sus recomendadas de V. como con V. me estoy portando?

—Lo sentiría en el alma.

—¿Y si de modo diametralmente opuesto?

—Me pondría furiosa.

—Pero en definitiva ¿qué preferiría V.?

—Como no voy á mandar á V. recomendada alguna, es inútil que se lo diga.

—¿Se baja V., ó se queda?

—Me quedo, me encuentro demasiado bien. Lo único que voy á pedir á V. es que me permita cambiar de sitio y apoyarme en su hombro derecho.

—¿Halla V. que, como san Lorenzo, estoy bastante asado del lado izquierdo? Ea, obre usted como le plazca.

Lilá acomodó la cabeza en mi hombro derecho como lo había hecho sobre el izquierdo, se durmió de nuevo y no volvió á despertarse hasta Bruselas.

—¿Se apea V.? me preguntó.

—¡Esta es buena! ¿Qué van á decir sus amigos de V. los vieneses al vernos juntos?

—Es verdad, me había olvidado de ellos. ¿En qué fonda se aloja V. comunmente?

—En la de Europa; pero en ella tienen formado tan mal concepto de mí, que, en pro de V., preferiría hospedarme en otra parte.

—Escoja V.

—Entonces vayámonos á la fonda de Suecia.

—Está bien; pero como á causa de traer conmigo diez ó doce bultos llegará V. primero que yo, haga que me preparen cuarto.

—Descuide V.

—¿No me da V. un abrazo?

—Ea, no; si tanto lo desea, á V. le corresponde hacerlo.

—De veras que es V. el sér más exigente que conozco, dijo la señora Bulyowski, abrazándome y dando una carcajada.

Una hora después mi compañera de viaje se encontraba en la fonda de Suecia. La conduje á su cuarto, y en besándola respetuosamente la mano, me salí murmurando:

—¡Qué hermoso sería poder tener por amigo una mujer!

Excusado es decir que hice disponer mi cuarto al lado opuesto del corredor.

Tomé un baño y me acosté.

Al despertarme, pregunté por Lilá. Había ya salido y hecho cargar sus diez ó doce bultos, que debían viajar á pequeña velocidad, interin ella efectuaba su peregrinación artística en busca de la señora Schröder.

Como todos los artistas acostumbrados á viajar con rapidez, mi compañera tenía de admirable que se las componía como pudiera haberlo hecho el hombre más listo. En efecto, ella misma arreglaba y ataba sus maletas, llenaba y cerraba sus sacos de noche, y siempre estaba lista cinco minutos antes de la partida; lo cual no hay que tomarse nunca la molestia de exigirlo de una señora de su casa.

Mientras estaba yo preguntando por ella, la vi entrar de regreso.

—Creía que había V. volado.

—Así era, en efecto.

—Bien, sí; pero yo suponía para siempre.

—Yo hago como las golondrinas: vuelvo al nido.

—¿Qué ha hecho V.?

—He embarcado todo mi equipaje y he recogido los talones; de modo que me quedo con el vestido puesto, otro en mi saco de noche y seis camisas. Ya ve V. que un estudiante no haría más.

—¿Y cuándo parte V.?

—Cuando V. quiera.

—Sin embargo, ¿quiere V. ver la ciudad de Bruselas?

—¿Y qué hay que ver en ella?

—La iglesia de Santa Gudula, la plaza de las Casas Consistoriales y el pasaje de San Huberto.

—¿Nada más?

—Y la Alameda Verde.

—¿Y luego?

—Se acabó.

—Pues condúzcame V. á un figón cualquiera; le convidó á V. á almorzar.

—¿Usted?

—Yo; los portes de mi equipaje me han salido más baratos de lo que yo creía: estoy rica. ¿Qué comen en esta tierra?

—Ostras de Ostende, buey ahumado y cangrejos.

—¿Y beben?...

—Faro y lambic.

—Entonces á beber faro y lambic y á comer cangrejos, buey ahumado y ostras de Ostende.

—Vamos.

Juro á ustedes que si mi compañera hubiese llevado pantalón y redingote en lugar de faldas y capa, mi ilusión me hubiera dado perro; de veras me habría creído el mentor

de un apuesto mancebo, en lugar de ser el caballero de una mujer encantadora.

Almorzamos; luego visitamos la iglesia de Santa Gudula, el pasaje de San Huberto y la plaza de las Casas Consistoriales; dimos una vuelta por la Alameda Verde y regresamos á la fonda de Suecia.

—¿Hemos visto ya cuanto hay que ver en Bruselas? me preguntó Lilá.

—Todo, menos el Museo.

—¿Qué encierra éste?

—Cuatro ó cinco Rubens magníficos y dos ó tres Van Dycks maravillosos.

—¿Por qué no me lo ha dicho V. de buenas á primeras?

—Lo había olvidado.

—¡Vaya un ciceronel... Vamos á ver el Museo.

A él nos encaminamos. La grande artista, que conocía á Shakspeare como á Schiller, á Víctor Hugo como á Shakspeare y á Calderón como á Víctor Hugo, conocía á Rubens y á Van Dyck al igual que á Calderón, y argumentaba sobre pintura con el discernimiento que lo hacía respecto del teatro.

Al salir del Museo, donde pasamos dos horas largas, mi compañera me preguntó:

—¿Me falta todavía algo que ver en la capital de Bélgica?

—Si V. quiere, á la señora Pleyel.

—¡La señora Pleyel! ¿La grande artista?
¿Aquella de quien tanto me ha hablado Liszt?

—La misma.

—¿Usted la conoce?

—Mucho.

—¿Y tiene V. facilidad de presentarme á ella?

—Antes de media hora.

—¡Un coche!

Mi entusiasta húngara hizo seña á un cochero; éste acudió presuroso, y, al conocerme, abrió con solicitud la portezuela.

Una de las cosas que más admiraban á mi compañera de viaje era la popularidad esa que hace que no sólo en las calles de París, de diez personas que pasan por mi lado, cinco me saluden con la cabeza ó con la mano, sino que después de haberme seguido en provincias, traspasa conmigo la frontera y me acompaña en el extranjero; y como habíamos llegado á Bruselas, en esta ciudad, incluso los cocheros, no eran cinco, sino de cada diez ocho los que me conocían.

Nos subimos al coche para trasladarnos á casa de la señora Pleyel; y como ésta vivía muy lejos, en el riñón del barrio de Schaerbeek, mi hermosa compañera tuvo tiempo sobrado para interrogarme respecto de la

grande artista á quien íbamos á visitar, y yo para responder á sus preguntas.

Hacia como veinticinco años que yo conocía á la señora Pleyel. Un día me la anunciaron, cuando ésta no ceñía aún más auréola que la celebridad comercial de su marido, y vi entrar en mi casa una joven delgada, morena, de blanca dentadura, magníficos ojos negros y fisonomía increíblemente movable.

A la primera mirada comprendí que me las había con una artista.

En efecto, fluctuando en la indecisión, sintiendo latir en ella un corazón entusiasta, la buena señora ignoraba todavía hacia qué arte se sentía impulsada, y venía á pedirme consejo acerca de lo que debía hacer.

Como en aquella época la señora Pleyel creía que su porvenir estaba en el teatro, y yo precisamente llevaba entre manos el *Kean*, me encaminé á mi bufete, tomé mi manuscrito, lo abrí por la escena entre Kean y Ana Damby, cuya situación era idéntica, y se la leí.

Por otra parte, la señora Pleyel no era libre: estaba casada, y, por lo tanto, para entrar en el teatro era menester que rompiese con ciertas consideraciones sociales cuyo arrancamiento es siempre sangriento y doloroso.

Tuve la dicha de convencerla, á lo menos

momentáneamente, de que todos los triunfos de la escena no equivalen á la tranquila monotonía del hogar.

«Hiló lana y fué mujer casera», escribían los antiguos romanos en la tumba de sus matronas.

Por espacio de uno ó dos años no había yo oído hablar más de la señora Pleyel, cuando de improviso supe que le había acaecido una desgracia, esto es, sido víctima de una infame intriga, que ya he olvidado, y que la obligó á expatriarse.

En su desventura, tan grande que la buena señora sólo pensó en abandonar á Francia en compañía de su madre, aquélla no se acordó de mí.

Ambas vivían en Hamburgo, próximas á morir de hambre, cuando un día, al pasar por delante de un almacén de instrumentos de música, á la señora Pleyel la asaltó un verdadero deseo de entrar en él, cual si hubiese querido comprar un piano, para fortalecer su corazón con un poco de armonía.

En aquella época la señora Pleyel no era la admirable artista de hoy; con todo, la desgracia había avivado en ella la llama del numen. Sentóse al piano y dejó caer los dedos sobre el teclado, del cual y á los primeros acordes arrancó desgarradores lamentos.

El almacenista, que no la conocía lo más mínimo y sólo la había tratado con la cortesía mercantil con que se acostumbra á tratar á todo comprador, se acercó á ella y prestó oído atento.

La ejecutante no tocaba pieza alguna conocida: improvisaba; pero su improvisación era síntesis de cuanto había sufrido de tres meses á aquella parte: decepción de amor, dolores, desilusiones, lágrimas, destierro: había hasta los terribles gritos del buitre que se cernía sobre su cabeza y á que apellidan el hambre.

—¿Quién es V. y qué me es dable hacer por V.? preguntó el almacenista á la señora Pleyel cuando ésta hubo terminado.

La infeliz se echó á llorar y le contó las desgracias que la abrumaban.

Entonces el buen hombre la dió á comprender cuán severo, pero sublime maestro es el dolor, y mostróla la vía misteriosa por la cual la Providencia la empujaba á la fortuna, á la ilustración y quizás á la gloria; y como ella dudase de sí misma, la tranquilizó, hizo llevar á casa de la desdichada el piano mejor que en su depósito tenía, y la instó para que diese un concierto.

¡Un concierto! ¡Dar un concierto ella, que no hacía veinticuatro horas ignoraba

que ardiese en su corazón la llama del numen!

El almacenista insistió, encargándose de los gastos y respondiendo de todo.

La pobre María se decidió.

Llamábase María, como la Malibrán y la Dorval.

Yo he sido el amigo íntimo de estas tres ilustres y desventuradas mujeres. Y hago mal al decir desventuradas: al contrario, al nombre de María Pleyel debe añadirse el epíteto de *dichosa*; dichosa, porque su concierto alcanzó brillante éxito, y porque entonces vislumbró la serie de triunfos que la reservaba lo porvenir.

Por espacio de seis años, San Petersburgo, Viena y Dresde la colmaron de palmas, hasta que regresó á Bélgica, su patria, donde se le hizo justicia, y la nombraron profesora del Conservatorio.

Entonces fué cuando María Pleyel volvió á París, adonde la precediera su fama, y dió algunos conciertos que despertaron el más vivo entusiasmo y me proporcionaron la ocasión de verla de nuevo.

Más adelante, después del 2 de diciembre, hice un viaje á Bélgica, y por tercera vez la encontré.

Cuando llamamos á la puerta de la ar-

tista, la señora Bulyowski la conocía tan bien como yo.

—¡Cuánto va á alegrarse la señora! exclamó la camarera al conocerme.

Y sin acordarse de cerrar la puerta, entró corriendo en el salón pronunciando mi nombre á grandes voces.

—Y bien, pregunté á mi compañera de viaje, ¿le parece á V. todavía que no van á recibirnos con agasajo?

Lilá no había tenido tiempo de responder, cuando María Pleyel venía ya á nuestro encuentro, majestuosa como una reina, graciosa como una artista.

—Primeramente dense ustedes un beso, después ya trabarán conocimiento, dije á las dos mujeres.

Mi compañera de viaje echó los brazos al cuello de María Pleyel, y yo, por un instante, me quedé admirando á aquellas dos criaturas tan diferentes de aspecto y tan realmente hermosas, aunque de belleza opuesta.

La señora Bulyowski, delgada, flexible, rubia y sonrosada, era efusiva, como las alemanas y las húngaras; la señora Pleyel, alta, de formas admirablemente marcadas, era morena, sosegada, casi severa. El escultor que con el cincel hubiese sabido trasladar al mármol aquel grupo, reproducir

aquellas dos naturalezas tan encontradas, hubiera alcanzado ruidoso triunfo.

Una vez se hubieron abrazado, las conduje del brazo hasta el salón, y en haciéndolas sentar una á mi derecha y la otra á mi izquierda, expliqué á la señora Pleyel el objeto de nuestra visita.

—¿Es decir que V. tiene deseos de oirme? preguntó la artista á mi compañera.

—Me muero por ello.

—Es lo más fácil del mundo. Va V. acompañada de un hombre que goza del privilegio de conseguir de mí cuanto se le antoja.

Yo, que todavía no había abrazado á la señora Pleyel, me aproveché de lo que ésta acababa de decir para echarla los brazos al cuello.

—¿Qué sonata le parece á V. será del agrado de su amiga la trágica? me preguntó en voz baja la artista.

—Algo parecido á lo que V. tocó en casa del vendedor de pianos de Hamburgo.

Por los labios de María vagó una triste sonrisa que recordaba sus sufrimientos pasados, y dió al viento un arrobador preludio.

—¡Ah! María, María, la dije, es V. dichosa, y no es dicha lo que la pedimos.

—¿Y si el corazón me revienta como el de Antonia?

—Pondré encima de él la mano y evitaré que estalle.

La señora Pleyel me miró, encogió imperceptiblemente los hombros, calificóme de fatuo y empezó.

No ensayaré decir lo que tocó la grande artista. Nunca, heridos por mano alguna, el marfil y la madera han producido acordes semejantes á los que de ellos arrancó María; por espacio de una hora seguida fueron sucediéndose las más penetrantes sensaciones y los dolores más embriagadores; el piano mismo parecía sufrir, quejarse, gemir, dar lamentos.

Por fin, al cabo de una hora, María se levantó y me dijo con hondo arranque:

—No tiene V. compasión de mí; ¿no ve que me está V. matando?

Entonces volví la mirada hacia la señora Bulyowski. Estaba pálida, temblorosa, casi desvanecida.

Oyente é instrumentista eran dignos uno del otro.

La dos mujeres se abrazaron de nuevo, y yo, temiendo más por mi compañera de viaje, de naturaleza endeble y nerviosa, que por la robusta y enérgica complexión de María Pleyel, me llevé á la señora Bulyowski, á quien, una vez en la calle, pregunté:

30066

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Quiere V. ver algo más en Bruselas?

—¿Y qué quiere V. que vea, después de haber visto y oído á esa mujer admirable?

—¿Qué hacemos pues?

—Cuanto á mí, salgo para Spa, ¿y V.?

—¡Demontre! ¿yo? la sigo á V.

Un cuarto de hora después el tren nos conducía hacia la ciudad de los baños y del juego, á la cual no se me había ocurrido visitar durate los tres años que pasé en Bélgica.



III

Una vez en el tren, mi compañera respiró.

—¡Qué artista más admirable! me dijo ésta.

—Usted es tan grande como ella, mi querida Lilá, pues la comprende.

—Entre tanto heme enferma por ocho días.

—¡Y eso!

—No me queda nervio sano en todo el cuerpo, respondió dando un suspiro.

—¿Quiere V. que ensaye calmarla?

—¿Cómo?

—Magnetizándola. Estamos solos en el vagón, y tiene V. suficiente confianza en mí para dejarse adormecer por un instante, ¿no es eso? Cuando despierte V., si no curada del todo, á lo menos se hallará aliviada.